

CICLO B

TIEMPO DE ADVIENTO

II DOMINGO

Dios es amor (1 Jn 4, 8. 16), es fidelidad absoluta, pura bondad, de paciencia infinita, que no se cansa de hacer el bien. Este Dios es "aquel que viene" (Juan Pablo II) en un perenne adviento-advenimiento. Su ser es estar eternamente en camino hacia nosotros. Viene continuamente a nuestra vida, para ser el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. El hoy eterno de Dios entra en el hoy efímero del hombre: "No perdáis de vista una cosa: para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día" (segunda lectura). Mientras que nuestros años "se acaban como un suspiro, pasan aprisa y vuelan" (Sal 89).

Tanto nos amó –nos ama– Dios que entregó –entrega– "a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna". Porque Dios envió a su Hijo al mundo "para que el mundo se salve por Él" (Jn 3, 16-17). Dios se hace hombre para que el pobre ser humano participe de la naturaleza divina. Es el amor salvador de Dios, que en la Navidad recordamos y celebramos; amor fiel que todos los días se actualiza y viene a nosotros, porque Cristo, vivo por los siglos de los siglos, es nuestro contemporáneo, que nos abre al amor eterno de Dios.

Ésta es nuestra salvación. Porque Dios es amor y porque estamos hechos a su imagen, conocemos el ser profundo del hombre y su vocación al amor. "El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente" (Juan Pablo II). Para el creyente "el amor es una opción de vida, es un modo de ser, de vivir" (Papa Francisco). Es el amor de Dios el que nos capacita para responder con amor a Dios y a los hermanos. En esta respuesta de amor verdadero está toda la vida cristiana.

Las cuatro semanas del tiempo de Adviento son una preparación intensiva, para estar permanentemente dispuestos a recibir a este Dios-amor que viene atrayendo. Él, que es el Artífice de este plan de acercamiento, toma siempre la iniciativa. Pero se necesita nuestra colaboración activa. Él nos atrae. Nosotros debemos quitar obstáculos. "Preparadle el camino al Señor, allanad sus senderos" (Evangelio).

"Mientras esperáis estos acontecimientos, procurad que Dios os encuentre en paz con él, inmaculados e irreprochables", nos dice la segunda lectura. En la oración colecta del jueves de la primera semana de Adviento le pedimos a Dios: "Que tu amor y tu perdón apresuren la salvación que nuestros pecados retardan". Para encontrarnos con nuestro Redentor, que viene, hemos de "convertirnos", caminando hacia Él con fe y abandonando el modo de pensar y de vivir, que nos impide seguirlo. Es el mensaje de este segundo domingo de Adviento, tiempo de poner a punto nuestra apertura a Dios, que "no se limita a amarnos, quiere atraernos hacia sí,

transformarnos de un modo tan profundo que podamos decir con san Pablo: ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí" (Benedicto XVI).

Tres figuras, que esperaron y apresuraron la venida del Señor (segunda lectura), encarnan en plenitud el espíritu con que debemos vivir el tiempo de Adviento y toda nuestra vida: el profeta Isaías, la Virgen María y Juan Bautista. Isaías mantiene viva la esperanza del pueblo elegido, anunciando que el Mesías nacería de una mujer virgen: "En el desierto preparadle un camino al Señor" (primera lectura). María de Nazaret, icono del adviento, por su fe total en Dios, aceptó ser madre del Mesías, sin intervención de varón. Por ello, Dios la hizo inmaculada y limpia de todo pecado, llena de gracia, desde el primer instante de su concepción. Juan Bautista, el Precursor, que señala al Salvador ya presente entre los hombres. Llamaba a la conversión, mediante un bautismo con agua. Juan es el testigo valiente, que dio testimonio de la verdad hasta derramar su sangre, muriendo decapitado.

MARIANO ESTEBAN CARO